

abrirla? ¿Era esa la manera de dirigir á la niña á la persona que, segun su madre, debia protegerla? Nuevo temblor acometió á la Cigarra. Este descubrimiento acabó de convencerla de que habia caido en manos crueles que, lejos de ayudarla á encontrar puerto de amparo, contribuirían al tremendo naufragio de su felicidad. El llanto se agolpó á sus pupilas, y salió de ellas en abundancia. Era un dolor, una pena inmensa, lo que agobiaba á Solita. Aquel desahogo calmó un tanto la agitacion de su pecho, y por fin, rendida al cansancio físico, durmióse, y el sueño se apoderó de su cuerpo como lo hubiese hecho la calentura. Pero aún en medio del letargo, la imaginacion excitada de Soledad trabajaba sin descanso, forjaba medrosas quimeras en el yunque de lo inverosímil; y bajo el martillo del terror, los sucesos de su vida se retorcian y desfiguraban, tomando apariencias espantables, al modo que el metal enrojecido en la forja del herrero. Frecuentemente agitábase su cuerpo con estremecimientos nerviosos, y su boca se abria, como para demandar auxilio; era que en su fantasmagórico soñar alguno de aquellos trasgos, algun fantasma negro acometiale furioso. Luego volvía á la calma.

VI.

Pedagogia.

—¡Vaya, Luci!... Sepamos en consecuencia si esto es difícil... No, no lo es, Luci, sinó que tu tenacidad inverosímil... repite desde el principio: «*The Britons had strange and terrible religion.*» Niña, sepamos en consecuencia si te propones desobedecerme. ¡Qué instinto mas terrible!

Quien así hablaba, era una señora como de cuarenta años de edad, amojamada y seca, cuyo rostro, de color vinoso en los salientes pómulos, causaba mas antipática repulsion que cariñoso interés, aunque pertenecía á un sér destinado á lidiar con la hermosa bandada de pájaros infantiles, cuyos aleteos de ángel alegran el mundo.

Miss Wilfer era *institutriz*, y de las mas esclarecidas que atravesaron el Canal de la

Mancha, con el evangélico propósito de ilustrar al bello sexo del continente europeo, imbuyéndole su ciencia histórica, geográfica y social, y su profunda erudición en bordados y en las artes difícilísimas de la tapicería. ¡Oh! Miss Alicia Wilfer era una notabilidad en su género. Aquellas manos huesudas y largas, que podían compararse con arañas, sabían tejer primorosas telas de seda y encaje, y entre sus dedos juanetudos y ásperos, el hilo y la aguja fabricaban pomposas cifras, rosales heráldicos, caprichos vistosísimos é inimitables de oro y terciopelo. Aquella mirada descolorida, semejante al reflejo de una luz en el vidrio ahumado, sabía entrar en el alma de las niñas y buscar allí filones del metal precioso que llaman inteligencia. Aquella persona, en fin, era una gran adobadora de espíritus indoctos, una tintorera prodigiosa de entendimientos blancos, esto es, ignorantes, una encuadernadora de mujercitas que entraban en su poder en rústica y salían de allí en la mas bella pasta inglesa. Perseguía la holgazana inclinación de los ánimos infantiles con la misma actividad celosa que las manchas y el polvo. Su pañuelo era un látigo, eternamente esgrimido sobre todo mueble donde se pudiera detener la mas leve partícula inmunda; su dedo índice, minuterero que marcaba, con oscilaciones coléricas, el grado de irritación de su ánimo, jamás exento de santo furor contra

la pereza; su cabeza, verdadero monumento de arquitectura romana, el cuartel real de aquel ejército de operaciones contra la suciedad moral y física. ¡Admirable Alicia!

Su padre fué Mayor en la expedición de la India, y murió como un héroe, atravesando un pantano, absorbido por el barro, tragado por un abismo de fangosa inmundicia. Sus descendientes quedaron en la miseria. Por desgracia, no todos ellos eran asáz bravos para combatir y vencer á tan espantable enemiga; y la sublime Alicia, única á quien el Señor quiso dar resignación tan hermosa y tanta valentía, esgrimió en vano su dedo índice, hasta dislocársele, delante de sus dos hermanos Charley y Reginald, que recorrieron toda la escala de la abyección humana y todas las cárceles del Reino-Unido. Así solía exclamar miss Alicia:

—¡El barro en que murió mi padre ha salpicado á toda su familia!

Pero Alicia logró limpiar con su honrada conducta aquel borron, y despues de atravesar el Canal de la Mancha, apareció en Bilbao, limpia, pulcra, virtuosa y respetable, con un *en-tout-cas* en la derecha mano, una novela de miss Braddon en la izquierda, y un monumental sombrero de paja negra en la cabeza. Era ésta grande y adornada de mezquina cabellera roja, que formaba ondas muy pegaditas con bandolina sobre las sienas, de las

cuales descendian las mejillas linfáticas, manchadas de parduzca lluvia de pecas, las cuales, reuniéndose, y como condensándose bajo los ojos, pintaban allí dos redondas manchas violáceas. Sus dientes sanos y anchos mostrábanse de continuo, no á través del dulce pliegue de la sonrisa, sinó por el fruncimiento labial, característico en muchos de los hijos de Inglaterra, que vienen á estudiar nuestras costumbres, explotar nuestras minas, construir nuestros ferro-carriles ó levantar nuestros sustanciosos empréstitos nacionales.

Tal era la señora que, sentada con majestuoso continente en un sillón, sostenia sobre las rodillas un libro, y le leía despacio en voz alta, mientras que una niña, como de ocho años, arrodillada ante la preceptora, procuraba deletrear las líneas de historia británica, apremiada por aquel dedo índice implacable, cuyos méritos están ya referidos en pocas palabras.

—Sepamos, en consecuencia, si te resistes á aprender esto. Sepámoslo en consecuencia—repitió miss Alicia, empleando aquella fórmula de interrogacion, que ella juzgaba elocuentísima.

—Señora ¡si ya no me acuerdo qué cosa es *Britons!*—repuso la niña con grande apuro y turbacion.

—¡Habrás visto! Sepamos, en consecuencia, si careces de memoria..., memoria, ó sea

Mnemon, como decian los griegos... Sepámoslo, en consecuencia, señorita.

La señorita no acertó á contestar, porque realmente no era fácil decidir cuestion tan árdua de psicología. Bajó la cabeza, fijó sus tristes ojuelos pardos en las manecitas, y apretó éstas, cual si estrujándolas fuese á salir de ellas la respuesta que no sugería el atolondrado magín.

—¡Qué instinto mas terrible!—añadió Alicia con acento de arraigada conviccion.—Todo lo ignoras. Es inútil enseñarte las cosas. Eres como el pájaro de Jhon Bull, que, cantando, se olvidó de que tenia pico. ¡Válganme las tres potencias! Pues hoy no sales de paseo, si no das de corrido tu leccion de historia. Hemos de llegar á *Julius Caesar*, ¿lo entiendes? á *Julius Caesar*. Sin eso no habrá, por hoy, carruaje, ni paseo, ni casa de fieras, ni jardín.

Y al decir esto, el dedo índice de miss Alicia subia y bajaba, acompañando de un movimiento cada frase. Creeríase que intentaba clavetearlas en la cabeza de Luci con aquel martillete de carne y hueso.

Afortunadamente para la discípula, poco despues de pronunciar miss Alicia las palabras anteriores, abrióse la puerta del salón en que esta escena sucedia, y apareció en él una dama jóven y agradable, en cuyo semblante presentaban contraste raro la suave tersura y fresca lozanía de las mejillas, con el encane-

cimiento prematuro del pelo; pero no imagine el lector que este encanecimiento era absoluto, completo, sinó parcial, al modo de nevada de cabellos blancos, ó como si unos dedos de mágica peinadora hubiesen tejido en aquellas trenzas fibras de plata ó nieve hilada.

—¡Ah, señora!—exclamó la miss.—Esta niña es enemiga de los libros. Ya empiezan á agotarse mis recursos para hacerla entrar por la vereda de la aplicacion. ¡Sepamos en consecuencia si he de desistir de mi empeño de enseñarte la historia!

—¡Pobre hija mia!—repuso la señora, poniendo su mano pequeñita y delicada en la cabeza de Luci.—Ella hará lo posible por aprender, ¿no es verdad?

Y como la asustada Luci siguiese callando, repitió la señora:

—¡Vamos! responde. ¿Prometes obedecer á miss Alicia? ¿Prometes estudiar la historia? ¿Prometes no ser tan distraida?

—Sí,—dijo la niña, con el mismo acento que si hubiese pronunciado la palabra *no*.

—Pues cuento con esa promesa, señorita,—añadió miss Wilfer, dando á sus frases entonacion de hueca énfasis.—¡Ah! veremos si se logra vencer ese instinto terrible que te aleja de todo lo que es estudio sério y útil.

Encomendad á una cotorra la educacion de una mariposa; encargadle que la enseñe á cantar; otorgadle derechos disciplinarios sobre el

irisado lepidóptero, y presenciareis algo parecido á lo que todas las tardes, de una á tres, acontecia en el salon de los señores de Añorbe, donde ahora nos encontramos. Vereis al presuntuoso pajarraco, erguido delante de su educanda, cómo agita las alas, y grazna, y se incomoda; vereis á la mariposa intentar alejarse en un vuelo de la accion pedagógica de su maestro; vereis el pico negro de éste imponerle temor con amenazas de castigo; vereis, al fin, rendirse á la mariposa, dejando caer las antenas de oro, abatiendo las alas, quedando allí mismo trocada en algo que no se mueve, ni vive casi. No era mas absurdo pedir á Luci el amor al estudio de una vieja, á quien la cargazon de los años quitó esas alas de mariposa, que pedir á una de éstas voz de urraca parlara. ¡Desgraciados niños son los que no tienen esas alas en la dichosa infancia! ¡y mas desgraciados aún los que, teniéndolas, no pueden batirlas en el aire tibio y perfumado de los jardines primaverales! Decirle á Alicia que enseñase á Lucila todo su saber, que la puliese, que la sacase del cuerpo las sombras de la ignorancia, era como decir á una lima: «Talla ese diamante.» ¡Qué sabe el hierro de la delicadeza del cristal, ni qué entiende el bronco espino de rosales y violetas!

Algo de esto pensaba la señora de Añorbe, mientras, procurando cohonestar el prestigio de la autoridad pedagógica de miss Wilfer, y

su cariño de madre, acariciaba con sus manos el hermoso cabello de Lucila, y fijaba sus ojos en la *institutriz*, como expresando con su mirada esta idea:

—«¡No sea Vd. pesada! ¿Qué falta le hace á Lucila saber quién era ese *Ostorius Scápula*, de que está Vd. hablando siempre?»

Pero los lábios expresaron otra idea distinta de la que vibraba en su cerebro, pues dijeron:

—¿Falta mucho para que termine la lección?

—¡Qué si falta!—repuso Alicia.—¡Ya lo creo! ¡No hemos llegado aún á los reyes fabulosos y me propongo no dejar el libro hasta que demos con *Julius Caesar*!

—Son las dos,—afirmó la señora de Añorbe—y yo me marchó. Hoy no iré á paseo. Usted, Alicia, puede salir, si gusta, acompañando á Luci. Están enganchando... Ya suenan las campanitas de las monjas... ¡Adios, hija mia; me voy! ¡Que estudies eso de los reyes fabulosos, por Dios!

Salió la dama, no sin que miss Alicia se alzara de su asiento para hacer una reverencia diplomática, y quedaron solas de nuevo la cotorra y la mariposa. Esta ya no se defendía. A puros picotazos la llevaba la cotorra de rey en rey por toda la dinastía druídica, convertida para la pobre en lacrimoso *Via-Crucis*. Nombres, fechas, palabrotas de cronología, vocablos altisonantes iban saliendo de lábios de Alicia y vibraban en los oídos de la disci-

pula, para volver despues al estante metódicamente ordenado de la memoria de la *Institutriz*.

Así manda la moda que se enseñe á las niñas.

Pero no te apures, Lucila, no te apures, un esfuerzo mas y llegamos; otro vuelo, infeliz mariposa, y podrás descansar de tu afanoso descoyuntamiento intelectual. Ahí viene ya *Julius Caesar*, con su hueste guerrera, á poner fin á tu ejercicio. Ya se acerca; ya llega; ya está, ahí.

—¡Quédese en esta parte nuestra lección!—murmuró miss Wilfer, cerrando con parsimoniosa cachaza el libro.—Pero, señorita, estoy sumamente disgustada de su escasa afición á la historia. ¿Qué es la humanidad sin historia? ¡Y no le gusta á Vd, la historia! ¡La historia, de que dijo Manzoni que *si puo veramente definire una guerra illustre contro il tempo*, la *magistra vite* de Ciceron!... ¡Ah! yo confío. en que ese terrible instinto se vencerá, señorita; sí, se vencerá... Sepamos, en consecuencia, si ya han enganchado.

Tiró la sábia de un cordon de campanilla y acudió un criado, de rostro ancho y moreno como hogaza castellana, de cuerpo bajo y achaparrado, de enorme cabezota, donde las orejas colgantes y separadas del cráneo recordaban las alas del murciélago, y los desproporcionados brazos, las extremidades del gorila.

—¿Qué quiere la señora?— preguntó con su-
misa voz, que parecía pedir permiso para
sonar.

—Cuando hayan enganchado, avise usted,
—respondió la *Institutriz*.

Oyóse entonces en el pátio enlosado á donde
caían los balcones de aquel salon, ruido de pi-
sadas de caballo, imprecaciones, no muy cul-
tas, con que el mozo de cuadra queria redu-
cir á obediencia á la gigantesca yegua de pa-
cientísimo génio, arrastre de zuecos calzados
por piés que habian andado sobre la gloriosa
tumba de Pelayo, y poco mas tarde el rodar
de un carruaje que salia del pátio y entraba en
el portal. Toda la casa se estremecía al pa-
taleo de la yegua, y los cristales vibraban en
sus marcos como en un terremoto.

Alicia buscó su sombrero negro de paja,
buscó su *en-tout-cas*, buscó su novela, y bajó
la escalera precedida de la niña.

VII.

**En que se habla de los patos, del Retiro, y lo
demás que vera el curioso lector.**

Púsose en marcha la berlina, al trote largo
de la vigorosa y noble bestia, cuyo freno re-
gia la mas grandísima figura humana que
puede concebirse. Era Anton, el cochero, cuya
cabeza de gigante, cuyas manos de gigante,
cuyo sombrero de gigante, y cuyo cuerpo
abultadísimo de rinoceronte, formaban un
conjunto disforme y majestuoso. Puños como
los de Anton no ha producido la montaña
santanderina en lo que va de siglo. Aquellos
titanes de la fábula habian puesto su planta
cerca del pueblo que engendró al auriga, tras-
mitiendo á la cuna de éste toda la robustez de
su raza. Con las riendas entre los recios y en-
guantados dedos, que tenian el tamaño de mor-

cillas, guiaba la yegua normanda por este irregular y mareante dédalo de calles, que se tuercen y revuelven en el plano de Madrid como los nervios en el cuerpo humano; y al cabo de un cuarto de hora llegó el carruaje á la calle de Alcalá, en que á la sazón hormigueaba muchedumbre diversa y abigarradísima.

Los albañiles que en cuadrillas, y vestidos de blanco, al uso de Pierrots, volvian de los andamios, codeábanse democráticamente con otras no menos numerosas cuadrillas, adornadas de lujosos gabanes, dentro de los que iban acaso altos funcionarios, diputados á Córtes, aspirantes á ministros; vulgares domésticas de záfios modales confundíanse con las señoras de la clase media, á quienes intentaban plagiar en el chocarrero vestir, lográndolo, como logra imitar el *chromo* á la *acuarela*; niños de buenas familias tornaban del colegio con sus carriks elegantes, y sus libros pendientes de la correa; mujercitas airoas y lindas, que aún no habian dejado de recibir el aguinaldo de los Reyes, andaban tambien allí con su pisar gentil de antílope; hembras de osados ojos, manto español prendido con gracioso arte y pié curiosamente calzado cruzaban en todas direcciones, mezclándose con aquella poblacion paseante, como las amapolas con el trigo en las verdes praderas; chiclelos desarrapados, de los cuales dijo amargamente *Figaro* que se supone que tuvieron

padres, porque no se conciben hijos sin padres previos, pululaban en escuadrones bullangueros y procaces, cual en los tejados los gorriones.

Era aquello un mar de negro oleaje, en cuyas lontananzas sobrenadaban pañuelos, sujetando con la plegazon de la seda rostros chispeantes, herederos de la sal de aquellas duquesas que jugaron á las cuatro esquinas con Pepe-Hillo y Martincho en el soto del Corregidor y en Migas-Calientes; sombreros de copa, en diferentes grados de brillo y juventud; muchos roses marciales; bastantes sombreros de teja; pedacitos de caras que parecian pedacitos de cielo, con sus estrellas de ojos y sus nubes de albayalde; manos como azucenas que sujetaban el rebocillo del velo ó prendian un alfiler entre el negro cabello, porque las españolas—como ha dicho un viajero francés—van haciendo su *toilette* por la calle; hongos en abundancia; algun sombrero de alas incommensurables, bajo cuya pañosa sombra centelleaban ojos andaluces y tronaba el dialecto del Perchel: todo esto confundido, revuelto, barajado, batido en la gran mescolanza nacional de nuestro heróico pueblo madrileño.

Quién pensaria, contemplando este numeroso desfile de gente, que va á conmemorar algun suceso histórico, ó que el tiempo, convidando al paseo con su hermosura, ha saca-

do de sus talleres, de sus oficinas y de sus colegios, á esta muchedumbre alegre; quién pensara que es día de señalada fiesta, de esos en que las campanas dan vueltas en su torniquete y el templo huele á inciensos orientales. Pero todo esto no pasará de conjetura sin fundamento. Este pueblo conmemora una fiesta grande, eterna, que se reproduce con cada amanecer y renace con cada crepúsculo: la fiesta de su nacimiento, la fiesta de su existencia, que, cual la de los fuegos de artificio, toda ella es luz, ruido y alegría, hasta que se acaba el último grano de pólvora y arde el último polvo de azufre.

Por lo que al día hace, no puede ser peor. Llevamos tres semanas de lluvia tan copiosa, que el Manzanares ha podido apagar la sed veraniega, honrando al puente de Toledo con su medio cuartillo de agua; y las calles inundadas, cubiertas de cierto barniz verdoso, que pega como liga, reflejan la escasa y fermentada luz solar á la manera de espejos negros. Y, sin embargo, la gente sale de su casa, va de paseo, se difunde por calles, plazas y cafés, con la satisfecha felicidad del que ha clavado la rueda de la fortuna, y hasta llega al Retiro, burlándose de las tormentosas oscuridades del firmamento y de lo húmedo del piso. Mas los osados que suben la cuesta del camino de Alcalá y penetran en las calles de árboles del Buen Retiro, son poquísimos. Únicamente los

carruajes entran en gran número en el ancho paseo que un ayuntamiento republicano hizo para la aristocracia. Tampoco faltan allí los ginetes, mas ó menos gallardos, que puestos sobre flacos rocines iugleses ó jacas andaluzas finas y delicadas, trotan cerca de los coches; y de trecho en trecho vese el uniforme de algun guardia de orden público, ó algun plebeyo transeunte de á pié, que cometió la locura de aventurarse por aquellos fangosos senderos.

El chapoteo de los caballos y el girar de las ruedas eran los solos rumores que se oían en el silencioso y triste Retiro. En fila, como si á un entierro sirviesen de cortejo, iban los landós, clarens y berlinas, de que el lujo ha hecho su trono, y detrás de los limpios cristales veíanse hechiceros perfiles, destacándose sobre el raso de vivo color de los almohadones; costosos trages, talles sutilísimos, manos divinas, por guantes muy angostos apriionadas, que iban y venían, como devanando en carrete invisible el hilo de la conversacion; venerables cabezas de Medusas aristocráticas; rostros de varones mas ó menos serios y mas ó menos afeminados; bigotes cuyas guías engomadas acreditaban, por parte de sus dueños, un cuidado prolijo y un cosmético prolijo tambien; alguna fisonomía de mujer, provocativa, pintorreada como indio azteca, con el pelo erizado de plumas, guarnecido

de adornos, lazos y guirindolas de varia especie; todo lo bonito y lo feo que forma eso que suelen llamar en su acaramelada prosa los revisteros de salones «buena sociedad».

Siguiendo esta fila de carruajes, en que pasean sus interesantes personas las gentes *comme-il-faut* (esta frase pertenece al repertorio del caramelo literario referido) iba la modesta berlina de Añorbe, la cual, así que llegó al camino trasversal de la vulgarmente nombrada Casa de Fieras, detúvose para que descendiesen, como lo hicieron, miss Alicia y Lucila.

Honrábase aquella con falda de lana cenicienta, al modo de sayal franciscano, gaban de terciopelo negro y guantes amarillos de fuertes costuras y sardinetas. El largo *en-tout-cas* hería el suelo, apoyándose en él, y los desgarrados pliegues del vestido descomponíanse con el andar vigoroso y hombruno de la inglesa.

Lucila, cuya menuda personita inspiraba afecto desde luego, traía hasta media pierna un faldellin tableado de paño azul, con gruesos botones de nácar, y que dejaba al descubierto las medias de estambre blanco y negro y las bronceadas botas de erguido tacon y estrechísima caña. Hallábase Lucila en esa edad en que tanto se asemeja la mujer á ciertos pajaritos de nerviosos movimientos, expresivos ojuelos y sonoro cántico. Si, como ha dicho

Michelet, la mujer es el domingo del hombre, Lucila representaba un amanecer rosado y alegre de ese gran día, que es la fiesta de la humanidad.

Anduvieron la *institutriz* y su discípula por el interior del Parque Zoológico, pasando revista á aquellos pobres prisioneros que la ciencia y la curiosidad condenaron á cadena perpétua, y que detrás de los barrotes de hierro se dejan examinar por un público de niños, criadas y alumnos de Marte; vieron aquel leon, que por hallarse en los puros huesos, magro y bisunto, parece el histórico leon de España; la familia del *simia*, ascendientes del hombre, segun el ilustre hijo de Shrewsbury, cuyos juegos procaces y desvergonzados hacen poco honor á nuestros supuestos abuelos; vieron las llamas peruanas, que se defienden como la envidia, escupiendo; y el águila y el pervótero y los demás veteranos que han presenciado el desfile por delante de sus ojos de tres generaciones de madrileños. Pero como el día era desapacible y crudo, las dos paseantes no se detuvieron allí mucho tiempo, y descendieron hácia el estanque, que empezaba á helarse, y cuya superficie de cristal raspado reflejaba la luz solar con metálico brillo. Los patos y cisnes andaban muy disgustados sobre aquel pavimento de cristales, y buscaban un agujero para zambullirse. Estos descendientes de Colon, para quienes nadar es vivir,

agitaban sus torpes alas y echaban de sus pulmones el grito de guerra, convocándose hácia los embarcaderos, como una mesnada maltrecha y desordenada de combatientes. Todo esto lo contemplaron la niña y la inglesa, y volviendo al carruaje, tornaron á casa.

Estas eran las horas de recreo que se permitian á Lucila; este su regocijo de todas las tardes.

—¿Regresa mañana tu papá?—preguntó miss Alicia, cuando estuvieron dentro del carruaje.

—Creo que sí,—respondió la niña.—Hoy ha puesto un telegrama desde Sierra-Fria, donde está cazando con el conde del Bajo-Imperio, y anuncia que regresará mañana.

—¡Ah, la caza!—añadió Alicia.—¡Sepamos en consecuencia si la caza es placer, si es distraccion digna de un ánimo culto y bien educado! Sepámoslo en consecuencia. Yo creo que para divertirse cazando hay que tener un instinto terrible.

—¡Pobres pajaritos! tan lindos como son, con aquella garganta en que deben tener una flauta, segun suena... y matarlos de un tiro á todos ellos, á todos...

—No, niña; no lo digo por eso. Tú siempre ves el lado falso de las cosas. ¿Qué importa que se mate á los pájaros? Los libros sagrados lo declaran: «Hombre, tuya es el ave, tuya es

la fiera, tuya es el agua de los rios y la madera de los bosques.» No es por esto por lo que yo rechazo el placer de la caza, sinó por que es sumamente incómodo, muy fatigoso y pesado: las manos encallecen de ludir con la escopeta; los músculos todos adquieren demasiado vigor, y el sér humano pierde esa sensible delicadeza que le honra y le distingue. ¿Qué hay de comun entre esto y lo que tú decias? Sepámoslo en consecuencia.

Luci no era muy fuerte en esto de discutir, y calló. Mirando por la ventanilla, distinguió un insolente gorrion que picoteaba en el camino, y con su mirada garza, pareció manifestar así su pensamiento:

—«Miss Alicia sacará á relucir toda su ciencia; pero á mí no me convence de que tú eres feo ni de que es permitido asesinarle.»

Acercábase la noche, y la niebla, que durante toda la tarde cernió sobre Madrid sus sombras, descendia al nivel de la tierra y arrastrábase perezosamente por las calles, como reptil de húmedo y blanco cuerpo. Perdian las cosas sus contornos precisos en medio de aquel vaho, cual si se disolvieran, y el ruido de los carruajes, el movimiento de la poblacion, sonaban dentro de aquella atmósfera, á la manera del trueno dentro de la nube.

Las luces de gas, encendidas antes de tiempo, pestañeaban, pugnando por lucir, como ave nocturna lanzada de su escondrijo en ple-

no día, y oscilando en el brumoso aire, podría compararse con plumas de oro agitadas por el viento. A cierta distancia, los carruajes se perdían de vista entre la niebla, y las personas eran como otras sombras mayores en la sombra general. Algun edificio de alta arquitectura sacaba sus hombros, á manera de gigante, sobre el nivel de la niebla, y asomaba encima de la oscuridad los ojos de buey de sus guardillas, para inspeccionar el horizonte.

¡Negra noche se avecinaba! ¡A casa, á casa! —piensa la gente, apretando el paso.—¡A los teatros, á los cafés!—exclaman otros; y los grupos se dispersan, y los paseantes vuelven á las calles céntricas, y desde ellas se van expandiendo por sus barrios, con el rojo embozo de la capa á la altura de las cejas, ó con el cuello del gaban subido hasta las orejas amaratadas. Enciéndense las lámparas de cafés, coliseos y tertulias, y Madrid toma su aspecto de noche, su caprichoso vestido negro con lentejuelas, y agita el tirso del placer, donde la industria sustituyó las hojas de parra ó agabanzo por alegres cascabeles.

Andando, andando—como dicen los cuentos —iba la berlina de Añorbe en direccion á la calle de la Gracia-Pía, donde se hallaba la mansion de doña Ana, y en tanto miss Alicia se expresaba en estos términos:

—Esta noche ya sabes, Luci, que vamos al teatro... Tu mamá se ha empeñado... y aún

cuando no mereces otra cosa que castigos, por tu terrible instinto, por tu falta de amor á la historia... ¡La historia! que, como dijo Manzoni... etcétera... Aun cuando no mereces mas que castigos, repito, esta noche vamos al teatro; al teatro Real. No puedo convencerme de que sea digno de las gentes serias eso de pasar toda la noche escuchando hacer gorgoritos á un cantante... Además de que las artistas y bailarinas son poco... modestas con su mérito físico y van mas despojadas de ropa de lo que debieran... Sepamos, en consecuencia, si se puede considerar como ocupacion seria de las gentes el teatro... ¡La lectura, la lectura! eso sí que constituye el pasto del espíritu... ¡El pasto, entiéndelo bien!... ¡El pasto! ¡lo oyes?

—Sí, señora; el pasto—añadió Lucila obligada por tan pertinaz insistencia en repetir una idea que nada tenia de particular.

—Tu buena madre, que es una excelente señora, aunque un poco débil... ¡sí, un poco débil!... se resiste á mis consejos en este punto. Yo la digo: «Lea Vd., lea Vd. mucho;» pero ella, ¡buena española al fin y al cabo! no lee mas libro que el *Eucologio Romano* y la *Novena de las Ulagas*; el *Trisagio para las tormentas* y el *Flox Sanctorum*. Bien me parece que se lea algo en estas obras sagradas, pero sin olvidar las otras que cultivan el espíritu... ¡que cultivan el espíritu! ¡lo entiendes?... ¡que cultivan el espíritu!

—Sí, señora; que cultivan el espíritu.

—¡Que cultivan el espíritu! eso es... Por ejemplo, estas novelas inglesas... Ahora bien; es preciso saber escogerlas, porque si se toma una de esas soporíferas de Carlos Dickens, en que no se pintan mas que cocineras, porteros, vendedores de periódicos y arrapiezos abandonados... ¡Uf! el instinto delicado mio rechaza estas escenas, esas gentes y esos dramas burdos de escalera abajo... En cambio, mis novelas favoritas, éstas, éstas (y enseñaba el libro encuadernado en tela que no se separaba nunca de la sombrilla ni de miss Alicia) encierran la ciencia del gran mundo, de la *alta vida...*, *high-life*... ¿entiendes?... *high-life*.

—Sí, señora; *high-life*,—repuso Lucila, pronunciando torpemente estos vocablos extranjeros.

—¡Ah lengüecilla de trapo! ¡Qué rebelde es tu órgano bucal al gran idioma de Pope y de Tennysson!... Jamás aciertas á decir bien una sola palabra... Sepamos en consecuencia si te resistes á aprender el inglés... Ciertamente que no merecías aprenderlo.

El coloquio de miss Alicia y Lucila era siempre por el orden del fragmento copiado: un monólogo en que la erudita hija del Mayor Wilfer mezclaba sabrosamente los asuntos domésticos y familiares con las disertaciones sociales y literarias, dando siempre muestras

de su pervertido gusto y de una afectacion sin igual. El espíritu de miss Alicia estaba eternamente estirado, derecho, inmóvil, condenado á perpétua línea recta, como esos lacayos de casa grande, que llevan cruelmente entablado el cuello entre una mampostería sólida de lienzo y almidones. El pasto intelectual que Alicia daba á su inteligencia habíale llenado el alma de aire.

Entró el carruaje en el portal de Añorbe, á cuya puerta un obeso anciano, vestido de librea, saludó con la gorra de hule fuera de la cabeza á la señorita y á su *aya* (así la llamaba la gente que miss Alicia comprendía en el reino social de escalera abajo), y ambas subieron ésta y entraron en la casa. Una sirvienta, de buen talle y lindo palmito, entregó á miss Alicia una bujía encendida, y con ella en la mano atravesó varias habitaciones la inglesa seguida de Lucila. Eran salones lujosos, ricos, mas recargados de adorno que elegantes. Observábase en los muebles por lo comun ese aspecto macizo, sólido de las salas de nuestros abuelos. Habia grandes espejos de luna clarísima afeada por el amontonamiento de doradas flores y frutas en el ancho marco; alfombras en que los piés se hundían entre esa felpa que podríamos llamar la yerba de los salones; butacas, sillas, veladores de caoba, de seda, de palo santo; cuadros en que se notaba la respetable patina de la

antigüedad, y que eran ya de asunto sagrado—la degollacion de San Juan, la toma de Jericó, la cabeza de Holofernes—ya de inspiracion profanísima—un grupo de Napeas jugando al corro con alegre compañía de Faunos, unos y otras en cueros, como su madre olímpica los parió; Dafnis y Cloe; Flora y Céfiro abrazándose;—arañas hechas de trozos de ese cristal tan claro que parece agua sólida; cortinajes pesados en las puertas, y colgaduras de encaje catalan en el vano de los balcones; relojes de distintas formas y sistemas sobre las mesas,—y todas estas preciosidades se hallaban tan bien conservadas, tan limpias, tan relucientes, que la luz de miss Alicia, al reflejarse en ellas, producía esos resplandores fugitivos, que son como las sonrisas de la materia, y que iban pasando de un espejo á una consola, de un velador chino á un grupo de porcelana de memorable vejez, del brazo barnizado de un sillón á la casi antidiluviana cornucopia, y así sucesivamente por aquella galería de muebles que fueron de moda cuando Fernando VII *el Deseado* entró en Madrid de vuelta de Bayona.

Llegó mis Wilfer á la estancia de doña Ana, y tenía puesta ya la mano sobre la bola dorada del picaporte, había comenzado á levantarle, cuando algo extraño, anómalo, inaudito, llegó á su oído. Detúvose bruscamente, miró á Lucila, como preguntándola con los

pálidos ojos si podía explicarse aquello, y como la mirada de la niña no diese solución al enigma, la sorpresa, el asombro, el pasmo, la estupefacción crecieron, crecieron en el espíritu de Alicia.

Había escuchado en la estancia de doña Ana el llanto de una mujer, suspiros entrecortados, la acongojada respiración de alguien que llora.

¿Quién lloraba allí? ¿Por qué lloraba?

Hora es esta de emplear nosotros la frase sacramental de miss Alicia: «Sepámoslo en consecuencia.»